

Una catequesis que inicie en el Misterio del Dios vivo

Juan Carlos Carvajal Blanco

UNIVERSIDAD SAN DÁMASO

MADRID

RESUMEN Dios antes que ser un objeto de la misión eclesial, es sujeto que antecede cualquier actividad de la Iglesia. El Dios que se ha revelado en Jesucristo, sigue hoy, por medio de su Espíritu, saliendo al paso de todo hombre y mujer que viene al mundo. La Iglesia constituye el instrumento que Dios mismo se ha dado para cumplir su plan salvador. La catequesis iniciática solo introducirá en el misterio del Dios vivo en la medida en que acepte la precedencia divina y todo su dispositivo iniciático sea puesto al servicio del itinerario espiritual que sus destinatarios recorren bajo la acción graciosa del Espíritu.

PALABRAS CLAVE Espíritu Santo, Iniciación cristiana, itinerario espiritual, nueva catequesis.

SUMMARY *Before being an object of the Mission of the Church, God is first the subject that precedes any Church activity. The God who revealed Himself in Jesus Christ, through His Spirit, continues to care today for every man and woman who comes into the world. The Church is the instrument that God Himself has given to carry out His plan of salvation. The catechesis of initiation can only introduce us into the Mystery of the Living God to the extent that we accept the divine precedence. This accepted, catechetical pedagogy then serves to aid catechumens in their spiritual journey under the grace-filled impulse of the Spirit.*

KEYWORDS *Holy Spirit, Christian initiation, Spiritual journey, New catechesis.*

Si Dios no hablase de sí, no habría en el mundo quien lo pudiera conocer. Uno de dos habéis de escoger: o que hable Dios, si queréis conocello, o si no queréis que os hable, que os quedéis sin conocello y sin Dios. Y va la vida en que Dios hable, y no puede hablar sin que diga bien de sí¹.

1 SAN JUAN DE ÁVILA, *Obras completas* III. *Sermones* (Madrid 2002) 181-182.

El presente trabajo, que lleva por título: *Una catequesis que inicie en el Misterio del Dios vivo*, parte de un presupuesto que no siempre la actividad catequética considera tanto en su reflexión como en su actuación: el Dios al que sirve es un Dios vivo. El Dios cristiano es un Dios que se comunica, que se dice a sí mismo, que sale al paso de la vida de cada hombre y mujer que viene a este mundo para hacerse el encontradizo y entablar una relación de amistad con él (cf. DV 2). Esta actividad reveladora por la que Dios se da a conocer para la salvación del hombre nunca debe ser dada por supuesta, pues como dice san Juan de Ávila “si Dios no hablase de sí, no habría en el mundo quien lo pudiera conocer”.

En efecto, el hombre que es “vocación divina” (cf. GS 19a) y “deseo de Dios” (cf. CCE 27) y solo en Dios encuentra su plenitud, no tiene por sí mismo capacidad para penetrar en el Misterio divino. Sí puede acceder a sus aledaños y confrontarse con él. Su actividad racional y su deseo de bondad, belleza y verdad pueden llevarle a reconocer que su misterio contingente solo puede ser iluminado por un Misterio mayor que le precede, le envuelve y le atrae. Pero es un hecho que ese Misterio le está vedado a sus capacidades naturales y, por sí mismo, le es imposible introducirse en él y poder participar de su intimidad divina. De este modo, junto a su vocación divina, todo ser humano porta el imperativo de abrirse a la revelación que Dios ha hecho de sí mismo en su Hijo Jesús y de acogerla en la obediencia de la fe². Aquí, nuevamente, las palabras del Santo doctor son taxativas: “Uno de dos habéis de escoger: o que hable Dios, si queréis conocello, o si no queréis que os hable, que os quedéis sin conocello y sin Dios”.

En esta perspectiva teológica, la Iglesia, en cuanto realidad humana, no tiene poder para actualizar ese Misterio de gracia que es la autocomunicación divina, tampoco puede otorgar esa necesaria respuesta de fe, la cual también tiene un carácter gracioso. A lo largo del tiempo es el Espíritu Santo el que actualiza la comunicación que Dios ha hecho de sí de una vez por siempre en Cristo, Jesús, y es el mismo Espíritu el que potencia las capacidades humanas para hacer a los hombres receptores del Don divino y puedan participar de su Misterio de comunión en el amor. De este modo, la Iglesia no es nada más, pero tampoco nada menos, que el instrumento que Dios se ha dado para a lo

2 Á. CORDOVILLA, *El misterio del Dios trinitario* (Madrid 2012) 45-88.

largo del tiempo obrar su gracia, es decir, actualizar su revelación y suscitar la respuesta de fe entre los pueblos.

Así es, la Iglesia es la comunidad de creyentes que el Espíritu ha reunido en torno a Jesucristo por la fe, ella es Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu (cf. CCE 781-798). Su misión evangelizadora es un servicio a la acción misteriosa pero real del Espíritu, esa acción por la que el Dios vivo actualiza su revelación y él mismo capacita a los seres humanos para responder en la fe (cf. DGC 45). La misma catequesis “es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo” (CT 22, DGC 66) y una introducción en la vida de fe de la Iglesia por la que el creyente se convierte a Jesucristo y, hecho semejante a él, participa de la vida divina (cf. DGC 53).

Dicho esto, el presupuesto de nuestro trabajo es el siguiente: la misión evangelizadora, en general, como la actividad catequética, en particular, solo son efectivas en la medida en que se entienden como un servicio al Espíritu Santo y tratan de secundar la acción misteriosa de la gracia de Dios por la que se revela y mueve a la fe (cf. DGC 138). Sobre este presupuesto, nuestro trabajo se va a dividir en cuatro apartados. En el primero nos limitaremos a levantar acta de cómo la Iglesia concibe la Iniciación cristiana como un don de Dios, en el que el Espíritu Santo tiene un protagonismo particular. Esta afirmación fundamental nos ofrece la base necesaria sobre la cual, en el segundo apartado, podemos poner en evidencia el carácter estructural que tiene el itinerario espiritual de los catequizandos –fruto de la acción de la gracia y de su respuesta libre– en el proceso global de la Iniciación cristiana y como es capital tenerlo en cuenta para poder discernir y servir la acción secreta del Espíritu Santo. A partir de aquí, en el tercer apartado, estudiaremos cómo el proceso de iniciación cristiana es justamente el servicio que, bajo el poder del Espíritu, la Iglesia presta a esa acción del mismo Espíritu para que los nuevos creyentes entren en comunión con el misterio de Dios revelado en Cristo. Nuestro estudio terminará con un apartado conclusivo en el que extraeremos las consecuencias pastorales de nuestra exposición.

I. LA INICIACIÓN CRISTIANA: DON DE DIOS

La Iniciación cristiana *es un don de Dios* que recibe la persona humana por la mediación de la Madre Iglesia. *Solo Dios* puede hacer que el hombre renazca en Cristo por el agua y el Espíritu; *solo Él* puede comunicar la vida eterna e insertar al hombre, como sarmiento, a la Vid verdadera, para que el hombre, unido a Él, *realice su vocación de hijo de Dios en el Hijo, Jesucristo*, en medio del mundo, como miembro vivo y activo de la Iglesia³

Nadie dudará de la verdad que ponen en evidencia estas palabras del episcopado español: “*La Iniciación cristiana es un don de Dios*”. Sin embargo, en la praxis pastoral todo discurre como si la Iniciación cristiana fuera el fruto de una mera actividad eclesial –equiparable a cualquier proceso de socialización–, o un acto de decisión y aprendizaje de los propios sujetos que se inician y que, fundamentalmente, recaería sobre sus disposiciones y capacidades. La afirmación magisterial que subraya el carácter gratuito, por teologal, de la Iniciación cristiana nunca puede ser tomada a modo de inventario. En realidad, los procesos iniciáticos lograrán sus frutos en la medida en que pongan en el centro la acción divina y todos los demás agentes, incluida la Iglesia, se consideren como meros servidores de una acción ciertamente misteriosa, pero real.

Quizás, aquí radique el por qué de los escasos frutos que actualmente están cosechando nuestras Iglesias en su actividad iniciática. Una vez que la sociedad cristiana ha desaparecido y las plataformas tradicionales de transmisión de la fe han entrado en crisis, nunca como hoy las comunidades cristianas han hecho tanto esfuerzo y han puesto tantos medios para iniciar en el misterio cristiano. Y, sin embargo, cuanto más voluntad y energías se ponen, más desalentadores son los resultados. Este sentimiento generalizado de frustración parece estar llevando a la actividad catequético-iniciatoria a un callejón sin salida, en el que se multiplican las deserciones de responsables y catequistas y, poco a poco, en las comunidades, se va marginando una actividad

3 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (LXX Asamblea plenaria), *La Iniciación cristiana. Reflexiones y Orientaciones* (27-XI-1998) (=IC 9 (Las cursivas son nuestras).

que es fundamental para la transmisión del Evangelio y para la subsistencia de la misma Iglesia.

En efecto, para muchos el contexto cultural y religioso de la Europa occidental, marcado por un secularismo poscristiano, parece dificultar cuando no imposibilitar la transmisión de la fe. En cualquier caso, en las mayorías de las comunidades, con sus pastores al frente, cunde la opinión de que no hay relación entre los esfuerzos por iniciar en la vida cristiana y los frutos que se obtienen. Todo trabajo por transmitir la fe parece abocado al fracaso, como si hubiera una imposibilidad de raíz que escapara a las decisiones pastorales (edades, tiempos y lugares de iniciación...), cualificación de los agentes, cambios de metodologías, programación de contenidos...

Aquí, para no dar curso a la desesperanza, es preciso recordar aquellas palabras que Jesús dirigió a Pedro: “*lo que es imposible para los hombres es posible para Dios*” (Lc 18,27). Así es, aunque la misión evangelizadora reclama de nosotros una entrega generosa, los frutos nunca están a nuestro alcance, Dios es el que los hace posibles, incluso allí donde a nosotros nos parecen imposibles. A partir de esta convicción el papa Francisco, citando a su antecesor el papa Benedicto XVI, formula una máxima que va a ser el faro que alumbre nuestro trabajo:

“Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera viene de Dios y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser –con Él y en Él– evangelizadores”. El principio de la *primacía de la gracia* debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización⁴.

4 FRANCISCO, *Exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”* (24 de noviembre de 2013) 112, cita de BENEDICTO XVI, *Meditación en la primera Congregación general de la XIII Asamblea general Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (8 de octubre de 2012): AAS 104 (2012) 897.

1. LA FINALIDAD DE LA INICIACIÓN CRISTIANA: LA PARTICIPACIÓN EN EL MISTERIO DE CRISTO

*El ser humano es una auténtica paradoja*⁵. Creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), todo hombre y mujer que viene al mundo está llamado a conocer y amar a su Creador y, de este modo, participar de su naturaleza divina (cf. GS 12). Sin embargo, como pobre criatura que es, no está en sus manos alcanzar por sí mismo un fin que le es trascendente y le supera infinitamente. Dios le ha dado como gracia la vida, como gracia ha puesto en su corazón la vocación divina y también, como gracia, Dios quiere consumir esa vocación. La aceptación de su dependencia creatural respecto a Dios es la condición que debe consentir el hombre para abrirse a la acción divina y dejar que sea su Creador el que consume en él la obra que le permite alcanzar la plena felicidad.

Sin embargo, el ser humano que siente dentro de sí una vocación tan grande no se resigna a su ser creatural, quiere alcanzar por sí mismo, al margen de Dios y frente a Él, el cumplimiento de su vocación (cf. GS 13). Este es *el pecado fundamental* que está en la raíz de todos los pecados particulares: *querer ser Dios sin Dios* (cf. Gn 3,4). Toda acción que emprende el hombre está atravesada –la mayoría de las veces de un modo tácito–, por la búsqueda de la plena felicidad, la cual más se le escapa cuanto más la desea y más trata de conquistarla. ¡Cuidado!, su deseo no es pecado; lo que es pecado y le conduce al fracaso es la pretensión de ser feliz por sí mismo, de alcanzar su plenitud por su propio esfuerzo. Su pecado radica en rehuir la gracia que Dios está dispuesto a otorgarle desde el primer instante en que le dio el ser y que por todos los medios y de un modo misterioso le hace llegar.

En efecto, Dios creó al hombre con vocación divina *en atención al cumplimiento que por la encarnación de su Hijo, Jesús, daría a esa vocación*. Solo en Jesucristo se desvela el misterio de la vocación divina del ser humano y solo en Él alcanza cumplimiento esa vocación (cf. GS 22a). Jesucristo es el Hijo de Dios encarnado. Él ha manifestado humanamente lo que el ser humano está llamado a ser en Dios. Él, con su entrega pascual, ha rescatado

5 En varios lugares hemos tratado con amplitud lo que aquí sintetizamos, cf. *Lógica de la existencia y lógica de la fe. Su correspondencia en H. Bouillard* (Salamanca 2003) 97-116; *Pedagogía del primer anuncio. El Evangelio ante el reto de la increencia* (Madrid 2012) 12-21.

a los hombres del poder del pecado y de la muerte. Él les ha dado la gracia del Espíritu para que unidos a Él cumplan su vocación. El Espíritu de Dios está dado y su acción graciosa es conocida y activada por el anuncio del Evangelio que lo hace expresa. *Los seres humanos deben acoger la gracia del Espíritu* que el Evangelio declara, ella es la única que les permite injertarse y configurarse con Cristo y poder llegar a ser hijos de su Padre, Dios.

La comunión con Jesucristo es la condición para participar de la relación filial que solo Él tiene con el Padre. Él es el único mediador para poder gozar de la vida trinitaria y alcanzar de este modo la plena felicidad. Y, justamente, para que la obra salvadora realizada en y por Cristo alcance a todos los hombres, la Iglesia ha recibido la encomienda de la evangelización: la de predicar el Evangelio a todos los pueblos y realizar mediante los sacramentos la salvación que anuncia (cf. Mt 28,18-20). En este sentido, “la Iniciación cristiana, como dice los Obispos españoles, es la expresión más significativa de la misión de la Iglesia’, pues coincide plenamente el objeto de la Iniciación cristiana, que es la inserción en Cristo por la fe y los sacramentos, con el objeto de la misión de la Iglesia”⁶.

A través del proceso de Iniciación cristiana al creyente le sobreviene algo nuevo, una realidad que le transforma y le otorga una nueva identidad; algo que “ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar que Dios podía tenerlo preparado para los que lo aman” (1 Co 2,9). Él sigue siendo una criatura, pero ahora, por la fe y los sacramentos, recibe de Dios mismo, de un modo anticipado, el don divino para el cual había sido destinado desde su misma creación. El cristiano es ya una criatura liberada del pecado, ha nacido de nuevo; en Cristo, ha sido regenerado como hijo adoptivo de Dios y hecho coheredero suyo; por el don del Espíritu, participa de la naturaleza divina y ha sido incorporado a la Iglesia, familia de Dios (cf. CCE 1213; 1256)⁷.

6 M. DEL CAMPO GUILARTE, *La iniciación cristiana* (Madrid 2006) 8, cita de 1C 13.

7 Esta “nueva creación” (2 Co 5,17) o “nuevo nacimiento en el Espíritu” (Hch 2,38; Jn 3,5) que opera el sacramento del Bautismo, “sacramento de la fe” (CCE 1253), es una realidad trascendente que la Iglesia sirve, pero de la que no es dueña; que administra, pero que ella no la hace eficaz. En último extremo la obra es completamente del Espíritu Santo.

2. EL ESPÍRITU ACTUALIZA EL MISTERIO DE CRISTO A LO LARGO DEL TIEMPO

Como decimos, el misterio del hombre ha sido desvelado en Cristo y en Él se ha cumplido de una vez para siempre la salvación por la cual todo ser humano puede cumplir su vocación. A lo largo del tiempo, es el Espíritu Santo, que el Hijo glorificado en la carne envía desde el Padre, el que da testimonio de ese acontecimiento salvador (cf. Jn 15,26); es Él el que lo actualiza (cf. Jn 14,26) y es Él el que lo lleva a su consumación glorificando a Cristo, Jesús (cf. Jn 16,14), es decir, comunicando a los hombres lo que le es propio a Jesús, como Hijo de Dios⁸.

El Espíritu Santo va realizando esta obra más allá de los límites históricos de la Iglesia. Como dice el Concilio, “de un modo conocido solo por Dios”, su acción graciosa va asociando a todos los hombres y mujeres de buena voluntad al misterio salvífico realizado en la Pascua de Cristo, de tal modo que puedan cumplir su vocación divina (cf. GS 22e). La salvación ha sido otorgada y ya es operativa en el transcurso de la historia, *el Espíritu de Cristo realiza en cada hombre que se abre a su acción misteriosa la misma obra que Dios realizó en su Hijo, Jesús*. Todo hombre está bajo el influjo de la gracia, su búsqueda de la felicidad, está ya alentada por la acción del Espíritu. Pero para que no se pierda el don, Dios ha querido que la acción de la gracia que actúa en el corazón de los hombres de un modo invisible se haga expresa y eficaz por el servicio evangelizador de la Iglesia. La Iglesia no es nada más ni nada menos que la servidora de la acción del Espíritu. Ella es la mediación que Dios se ha dado para visibilizar y activar por el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos la acción secreta que su Espíritu lleva adelante.

Llegados a este punto, y a la espera de posteriores desarrollos, para evitar cualquier equívoco, conviene hacer varios subrayados:

8 Cf. L. F. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción* (Burgos 2013) en especial 13-99. Los argumentos este autor tienen un especial interés para nuestro tema, de hecho ofrecen las bases cristológicas y pneumatológicas de nuestro planteamiento. El Hijo de Dios connatural con el Espíritu Santo, en cuanto encarnado recibió de un modo progresivo el Espíritu en orden a la misión que el Padre le había encomendado. En este proceso de unción de la humanidad del Hijo, de algún modo, el propio Espíritu se pudo hacer don para el resto de los hombres con los que el Hijo se había hermanado. Cuando Cristo resucitado, desde la gloria del Padre, envía su Espíritu, lo envía desde su humanidad gloriosa y, por tanto, en aras de hacer partícipe al resto de los hombres, en cuanto tales, de su gloria de Hijo de Dios. También para esta fundamentación teológica cf. TH. LABARRIÈRE, *La catéchèse sous l'action de l'Esprit Saint, à l'école de Marie. Recherche théologique sur le renouveau de la catéchèse, à l'écoute des enseignements du Papa Jean Paul II* (Madrid 2007) 321-569.

- En primer lugar es necesario considerar que, de algún modo, *la acción del Espíritu siempre es antecedente*. Si el Espíritu Santo no sembrara “las semillas de la Palabra” y no fuera moviendo los corazones, la acción evangelizadora de la Iglesia no encontraría en sus interlocutores la disposición necesaria para acoger su anuncio del Evangelio. Según esto, la actividad evangelizadora de la Iglesia tiene una parte de “manifestación”, es decir, de sacar a la luz la acción secreta del Espíritu y de declarar a cualquier hombre de buena voluntad la respuesta que, a oscuras, él mismo está tratando de dar a esa acción.
- Pero, y este es el segundo subrayado, la acción evangelizadora no se limita a ser expresión de lo que está dado. La Iglesia, instrumento del propio Espíritu, ha sido enriquecida por el propio Espíritu de unos medios que hacen eficaz su intervención. La Palabra de Dios, los Sacramentos, el servicio apostólico, el testimonio de los santos, la vida fraterna..., cada uno en su justa medida, son medios que la Iglesia pone a disposición de la acción del Espíritu para que sea el propio Espíritu, a través de ella, el que haga fructificar su acción secreta. *La intervención de la Iglesia siempre aporta novedad*, la novedad que supone la actualización del misterio de Jesucristo que el Espíritu procura por su medio.
- Por último, *estos dos momentos son dialécticos*, es decir, se reclaman mutuamente. Si bien la Iglesia no puede anunciar lo que no está presente y activo por la acción secreta del Espíritu; tampoco esta acción oculta del Espíritu puede fácilmente llegar a su sazón si no recibe los efectos de la gracia que proporciona el servicio evangelizador de la Iglesia. Quedarse en cualquiera de los extremos y no ponerlos en relación es dificultar el proyecto salvador de Dios que si bien quiere que todos los hombres se salven, también quiere que lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tm 2,4).

II. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU DISCERNIDA Y SERVIDA EN EL ITINERARIO ESPIRITUAL DEL CREYENTE

Según lo dicho, el Espíritu Santo tiene un protagonismo esencial en el proceso que sigue cualquier hombre en el cumplimiento de su vocación. Es Él el que misteriosamente activa en cada ser humano su vocación y le mueve a su consecución. Ahora se nos plantean varias cuestiones: ¿cómo la Iglesia puede conocer esas mociones secretas?, siendo diversas según las circunstancias y caracteres de cada sujeto ¿dibujan un mismo camino?, ¿de qué modo la Iglesia puede acompañarlo? La respuesta a estas cuestiones nos permitirá comprender lo que es el itinerario espiritual y poner de relieve la importancia que tiene en la vida de un creyente, especialmente en aquellos que siguen un proceso iniciático.

1. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SE MANIFIESTA EN LA REPUESTA LIBRE DEL CREYENTE

Muchas veces en el imaginario de los que se dedican a la transmisión de la fe existe la idea de que el camino de encuentro entre Dios y el hombre se parte por medio. Es decir, si bien Dios, con la encarnación y la pascua de su Hijo, ha hecho un camino hacia el ser humano, este solo llega al punto medio, y el hombre debe hacer autónomamente su propio camino acudiendo a ese punto en el que Dios le cita. Nada más lejos de la realidad. Dios busca a los hombres y mujeres allí donde se encuentran y Él con su gracia redentora –no solo por el acto creador– está al origen del primer paso que estos dan en su dirección. Existe en la acción pastoral, en general, una cierta concepción pelagiana que no solo no hace justicia a la verdad, sino que además está bloqueando la acción evangelizadora por miedo a la renuencia que nuestros contemporáneos parecen interponer ante el anuncio del Evangelio por parte de la Iglesia. No hay base sobre ello, Dios siempre nos antecede y actúa incluso en los hombres que aparentemente le son refractarios. En palabras del papa Francisco, Dios “primerea”, Dios busca a los hombres y mujeres hasta en las más extremas “periferias existenciales”, porque allí mismo es activa la

fuerza de la resurrección y, por tanto, la Iglesia puede acudir para anunciar la Buena nueva de Jesucristo⁹.

Desde este marco podemos ahora comenzar a dar respuesta a la pregunta que nos hacíamos más arriba: ¿cómo la Iglesia puede conocer las mociones secretas del Espíritu Santo? Pues, justamente, en la respuesta libre del hombre; porque la acción graciosa del Espíritu, misteriosa en sí misma, se manifiesta en la respuesta libre que produce en el ser humano. Así, aunque el camino que conduce a la respuesta de fe puede parecer que es un camino recorrido autónomamente por el hombre, en realidad siempre es consecuencia de la acción gratuita del Espíritu. Como argumento de autoridad puede bastar el siguiente texto de San Agustín:

Comienza él [Dios] a obrar para que nosotros queramos y, cuando queremos, con nosotros coopera para perfeccionar la obra [...] Por consiguiente, para que nosotros queramos, sin nosotros a obrar comienza y, cuando queremos y de grado obramos, con nosotros coopera¹⁰.

El ser humano siempre está bajo la acción del Espíritu. Ya desde su primer impulso hacia Dios es movido por la gracia divina y cuando de un modo decidido dirige sus pasos hacia Él, más es receptor de la misma. Juan Pablo II explicita este punto con una cita del mismo santo Obispo de Hipona:

9 Basten como referencias tres textos: "Su resurrección [la de Cristo] no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable" (EG 276). "La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, *la ha primereado* en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos" (EG 24). "Es el Espíritu Paráclito, el 'Consolador', que da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo (FRANCISCO, *Homilía a los Movimientos eclesiales en la Solemnidad de Pentecostés* [19 de mayo de 2013]).

10 SAN AGUSTÍN, *Gracia y libre albedrío* 17,33: OSA VI, 269, citado por V. GROSSI y B. SESBOUÉ, "Gracia y justificación: desde el testimonio de la Escritura hasta el final de la Edad Media", en: *ib. et al., Historia de los dogmas II. El hombre y su salvación* (Salamanca 1996) 223. También el siguiente texto del obispo de Hipona que san Juan Pablo II propone en su Exhortación *Catechesi Tradendae*: "El hecho de creer y de obrar bien son nuestros como consecuencia de la libre elección de nuestra voluntad, y sin embargo uno y otro son un don que viene del Espíritu de fe y de Caridad" (*Retractionum liber*, I, 23,2: PL, 32,621, citado en CT 72e).

El Espíritu Santo desde ahora instruye a los fieles según la capacidad espiritual de cada uno. Y él enciende en sus corazones un deseo más vivo en la medida en la que cada uno progresa en esta caridad que le hace amar lo que ya conocía y desear lo que todavía no conocía¹¹.

En efecto, el Espíritu, como “Maestro interior”, en la intimidad de la conciencia y del corazón, es el que mueve e instruye a los fieles según la capacidad espiritual de cada uno: al inicio para que se abra al dinamismo de su vocación y se interrogue por el sentido y la verdad; más adelante para que mire al Dios que se ha revelado en Jesucristo y busque en Él la respuesta de su vida; y, por último, para que se confíe al misterio trinitario y llegue al conocimiento del verdadero amor. El Espíritu siempre deja sentir los efectos de su acción en la libertad del hombre; y este se deja mover por Él en la medida en que ama lo que va conociendo de su relación con Cristo y desea penetrar todavía más en el misterio divino que constituye su plenitud y felicidad. En todo este camino que el hombre hace hacia Dios, *gracia y libertad se combinan*. Y si es verdad que el Espíritu es el que con su auxilio mueve el corazón del hombre, lo dirige a Dios, le abre los ojos de la fe y le concede el gusto en aceptar y creer la verdad que se ha revelado en Jesucristo (cf. DV 5); también es verdad que es el hombre el que al acoger libremente esta moción de la gracia es el que va recorriendo su camino hacia el misterio de Cristo.

¿Cómo conocer que los movimientos espirituales que siguen los que se inician proceden del Espíritu Santo y no de otras fuerzas que encuentran eco en su corazón: del mal espíritu, de la atracción del mundo o del propio sujeto? Por encima de cualquier otra moción que reciba el que se inicia, la acción del Espíritu se hace comprensible porque, al ser el Don que Jesucristo glorioso envía desde el Padre, toda su actividad esta *medida por la propia imagen de Cristo, la cual quiere esculpir en el creyente*¹². A la luz de las Escrituras, en la experiencia eclesial de Cristo, los que tienen la encomienda de iniciar en la fe pueden comprender si verdaderamente la persona que acompañan está siendo movida o no por el Espíritu de Cristo. Y considerando que la meta de

11 SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, 57, 1: PL, 35, 1877, citado en CT 72c.

12 “Ahora, mientras vivís en vuestro cuerpo mortal, desterrados lejos del Señor, camináis por la fe; pero tenéis un *camino seguro* que es Cristo Jesús en cuanto hombre, el cual es al mismo tiempo *el termino* al que tendéis, quien por nosotros ha querido hacerse hombre” (SAN AGUSTÍN, *Sermón en la octava de Pascua* 8,1, 4, 9, citado del Oficio de Lecturas, II Domingo de Pascua).

todo proceso espiritual es la participación en el misterio de Cristo, podrán servir a la acción de la gracia ayudando a los que se inician a avanzar hacia la comunión con Él. Cristo dijo de sí mismo que era el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14,6). Cristo no solo se presenta como la Vida, esto es, como la meta donde el hombre encuentra su felicidad; sino también como el Camino que, en la medida en que el creyente lo va recorriendo en su condición humana e histórica, se puede reconocer la acción misteriosa pero eficaz del Espíritu de Cristo¹³.

El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo –no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes– debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe “apropiarse” y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo¹⁴.

El creyente entra en comunión con Cristo en la medida en que se “apropia” y asimila su misterio salvífico, y se apropia y asimila ese misterio en la medida en que acoge libremente la acción del Espíritu. “El Espíritu Santo no es algo que se coloca entre Cristo y nosotros, sino la misma inmediatez de su presencia”¹⁵. “La comunicación de Cristo, esto es, el Espíritu Santo”¹⁶.

13 “Si el Señor, tu Dios, te hubiese dicho: ‘Yo soy la verdad y la vida’, y tú deseases la verdad y anhelaras la vida, sin duda que hubieras preguntado por el camino para alcanzarlas, y te estarías diciendo: ‘Gran cosa es la verdad, gran cosa es la vida; ojalá mi alma tuviera la posibilidad de llegar a ellas’. ¿Quieres saber por dónde has de ir? Oye que el Señor dice primero: *Yo soy el camino*. Antes de decirte a donde te dijo por donde: *Yo soy el camino*. ¿Y a dónde lleva el camino? *A la verdad y a la vida*. Primero dijo por donde tenías que ir, y luego a donde. *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*. Permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne, se hace camino” (SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, 34, 9: CCL 36, 316, citado del Oficio de Lecturas, IV Domingo de Cuaresma).

14 SAN JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Catechesi Tradendae* (16 de octubre de 1979) 61e, que cita la “Encíclica *Redemptor hominis*” 10: AAS 71 (1979) 374.

15 L. F. LADARIA, *Jesús y el Espíritu: la unción*, 43.

16 SAN IRENEO, *Adv. Haer.* III 24,1 (Sch 211,472), citado en *Ibid.*

2. EL PROCESO DE FE Y CONVERSIÓN COMO ITINERARIO ESPIRITUAL

a. La importancia de la conversión primera y de la fe inicial

La conjunción de la gracia del Espíritu y la libre respuesta del hombre genera un proceso de fe y de conversión por el que el cristiano, de un modo progresivo, va creyendo y aceptando el señorío de Jesús en su vida (cf. DGC 53-57). Por la conversión el que se inicia sale de sí mismo y se vuelve hacia Dios, y por la fe recibe la luz necesaria para reconocer la acción misteriosa del Espíritu que hace presente a Cristo en su vida. Esta es la razón por la que, en sentido estricto, no se puede iniciar un proceso iniciático si previamente no se da una fe y conversión inicial. Este comienzo nunca debe darse por supuesto y las comunidades cristianas debe hacer todo lo posible para que los inician el proceso catecumenal partan de esta “opción fundamental sobre la que descansa toda la vida cristiana del discípulo del Señor”¹⁷.

En efecto, todo se inicia con un encuentro personal con Jesucristo¹⁸, en el que la persona se encuentra con un amor que le precede y, de pronto, de manera desbordante y gratuita, ilumina toda su vida. Ya en este encuentro primero, el que comienza a creer *recibe unos “ojos nuevos”, los ojos de la fe*, que no solo le permite reconocer la presencia de Cristo en su vida, sino que le permite releer de qué manera ha llegado hasta ese encuentro y le da la posibilidad de contemplar un nuevo futuro: el de la plena felicidad que anhela. En este punto son especialmente luminosas las siguiente palabras del papa Francisco:

La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero,

17 DGC 56b, que hace referencia a AG 13; EN 10; RM 46; VS 66, RICA 10.

18 Ya se han hecho un tópico las palabras de Benedicto XVI en su primera encíclica: “*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). Esta mismas palabras la retoma el papa Francisco en EG 8 y de algún modo resuena en otros números: 1. 3. 11-13. 88. 264-267.

que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro 'yo' aislado, hacia la más amplia comunión"¹⁹.

Esta conversión primera y la fe inicial, que siempre es respuesta al anuncio evangélico, son la condición *sine qua non* para que el que busca ser discípulo de Cristo viva su iniciación como *un verdadero itinerario espiritual*. ¿Qué quiere decir esto? El que busca configurarse con Cristo debe salir de la superficialidad y a la luz de la memoria eclesial de Jesucristo, memoria fundante, iniciar un proceso en el que se confronte con el misterio de su encarnación, se abra libremente a la acción del Espíritu y, bajo la compañía y el testimonio eficaz de la Iglesia, poder identificarse con su Maestro y Señor²⁰. Aquí radica la capital importancia de este don primero de la fe, este don sobrenatural concedido por el Espíritu a través del anuncio eclesial: permite al catecúmeno reconocer la acción misteriosa que con él ha venido trayendo la tercera persona de la Trinidad; le dispone a recibir la palabra de la Iglesia como Palabra de Dios y sus acciones litúrgicas como signos salvíficos; y, a través de todo ello, le introduce en un trato personal y configurador con Cristo que le permitirá participar de la relación filial que tiene con el Padre.

b. Itinerario creyente, itinerario espiritual

El Ritual de la Iniciación Cristiana, que se describe a continuación se destina a los adultos, que al oír el anuncio del misterio de Cristo, y bajo

19 FRANCISCO, *Carta Encíclica Lumen fidei* (29 de junio de 2013) 4; también los números 8.13.34.40.51.

20 El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* concede tal importancia a este momento que considera la materia esencial sobre la que incide el rito de "Entrada en el Catecumenado" (cf. RICA, *Observaciones previas*, 15). Hemos estudiado las características en nuestro trabajo: "Primer anuncio y llamada a la conversión", en: J. CARLOS CARVAJAL BLANCO (dir.), *Emplazados para una nueva evangelización* (Madrid 2013) 141-187, en especial 168-184. En este trabajo también se pone de relieve la importancia que tiene el llamado precatecumenado para garantizar este punto de partida en los que quieren iniciarse en la fe.

la acción del Espíritu santo en sus corazones, consciente y libremente buscan al Dios vivo y *emprenden el camino de la fe y de la conversión*²¹.

La fe y conversión inicial, “germen de fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio” (CT 20a), es la puerta de entrada del proceso de Iniciación cristiana, pero esta puerta abre a un camino, el camino de la fe y la conversión que dura toda la vida²². En efecto, quien se ha encontrado con Cristo y le busca como su Salvador, quiere unirse a Él y participar de su amor. La fe primera exige un proceso de desarrollo hasta llegar a la intimidad con Jesucristo por la confesión de la fe y la recepción de los sacramentos (cf. AG 14; RICA 29-31; CT 8; DGC 80). Este camino supone para el creyente un proceso transformativo por el que, bajo la acción de la gracia, poco a poco va configurándose con Jesucristo, es decir, va pensando como Él, juzgando como Él y viviendo como Él (cf. CT 20b; DGC 53). En este proceso de fe, se opera un itinerario espiritual en el que la persona en su totalidad queda implicada y va asumiendo existencialmente la participación en la filiación divina que Cristo, por medio de su Espíritu, otorga a su discípulo en el seno de la Iglesia. Precisemos esto que decimos.

- *El proceso de configuración con Cristo ha de ser real*, es decir, ha de atravesar y articular todas las dimensiones de la vida tanto del que se inicia como del que posteriormente camina hacia la madurez de la santidad. El nivel de esa configuración variará según el punto en el que se encuentre el itinerario de la fe, pero es un hecho cierto que, en tanto acontecimiento de gracia, la fe cristiana tiene un poder transformador que ha de poder ser verificado en la vida de los que creen²³. La fe no es una ideología ni tampoco es reductible a lo que el hombre puede vivir

21 RICA, *Observaciones previas*, 1.

22 “La fe es un don destinado a crecer en el corazón de los creyentes. La adhesión a Jesucristo, en efecto, da origen a un proceso de conversión permanente que dura toda la vida” (DGC 56). Este número del *Directorio* presenta sucintamente los momentos importantes que articulan este proceso de conversión.

23 “Por la acción de la gracia de Dios, el neoconverso inicia *un camino espiritual* por el que, participando ya por la fe del misterio de la muerte y resurrección pasa del *hombre viejo al hombre nuevo* perfecto en Cristo. Este paso, que lleva consigo *un cambio progresivo* de sentimientos y costumbres, debe ponerse de manifiesto en sus consecuencias sociales y desarrollarse en el tiempo del catecumenado. Al ser el Señor, al que se confía, un signo de contradicción, el hombre convertido *experimenta muchas veces separaciones y rupturas, pero también gozos que Dios concede sin medida*” (AG 13b; cf. CT 72c; DGC 56a) la cursiva es nuestra.

por sus propias fuerzas. La fe es una fuerza de vida que configura con Aquel que es objeto de la misma fe. Esta fuerza configuradora se deja sentir en el proceso catecumenal y este proceso avanza en la medida en que la discierne y la sirve²⁴.

- La razón por la que este proceso de configuración se concibe como *un itinerario espiritual*²⁵ es porque acontece por obra del Espíritu Santo. Así es, si el proceso de alumbramiento y maduración en la fe es operado bajo la gracia del Espíritu, es determinante que tanto la Iglesia que acompaña y sirve ese proceso como el propio creyente, en todos sus estadios, se ponga en sintonía con esa acción del Espíritu. En este punto es capital que tanto la Iglesia como el propio creyente reconozcan el protagonismo del Espíritu, y que, lejos de prefiar formalmente unos itinerarios y el uso de unos medios, todo el esfuerzo se dirijan a reconocer, servir y acoger esa acción del Espíritu de Cristo, el único capaz de configurar al hombre según la imagen de Aquel de quien procede. Es evidente que este dinamismo espiritual dibuja una radical dependencia de la acción de la gracia y que, por tanto, la respuesta libre del hombre discurre en el acoger más que en el conquistar. Justamente aquí radica el verdadero combate de la fe y el núcleo esencial de la ascesis cristiana: el creyente ha de aceptar la obra que el Dios vivo quiere realizar en él y cómo la quiere realizar, y aceptar que conmueva sus experiencias más radicales.
- Estamos hablando de un proceso transformador y de una acción misteriosa, aunque eficaz, del Espíritu. Para que este proceso se realice al modo humano, es decir, para que el hombre se reconozca interpelado en su conciencia y en su libertad y pueda encontrar los medios para dar la respuesta de fe y conversión que se le solicita, es preciso que todo esto acontezca *en el seno eclesial*. Para que el creyente se vaya

24 El catecumenado "no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino *la formación y el noviciado* debidamente prolongado de toda la vida cristiana, en que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro" (AG 14a; cf. DGC 67-68).

25 F. RUIZ SALVADOR, *Caminos del Espíritu* (Madrid 1991), en especial el cap. 12: "Crecer en Cristo", 454-493; S. GAMARRA, *Teología espiritual* (Madrid 1994), en especial el cap. IX: "El proceso de la vida cristiana", 247-280; S. DE FIORES, "Itinerario espiritual", en: *Id. et al.* (dirs.), *Nuevo diccionario de espiritualidad* (Madrid 1983) 733-750. Para su referencia en los itinerarios iniciáticos cf. R. LÁZARO, "El concepto de itinerario en la catequesis", en: A. CAÑIZARES – M. DEL CAMPO (dirs.), *Evangelización, catequesis, catequistas. Una nueva etapa para el Tercer Milenio* (Madrid 1999) 475-489; M. DEL CAMPO GUILARTE, "Apuntes para una pedagogía de la Iniciación Cristiana. Itinerarios de la fe en la Iniciación Cristiana": *Teología y Catequesis* 112 (2009) 41-63.

configurando con Cristo, es preciso que abandone su modo anterior de vida: lejos de Dios y entregado al pecado, y asuma la nueva vida de Cristo por el aprendizaje y asunción de la vida cristiana. Desde esta perspectiva, la inserción en la Iglesia –ámbito de la vida cristiana– es fundamental para participar realmente de la humanidad nueva que se ha configurado en Cristo. Las diversas mediaciones eclesiales por las que se entrega esa vida nueva son eso, mediaciones, nunca son metas en sí mismas, en ellas se ofrece el medio de participación en el misterio de comunión trinitaria que nos ha alcanzado Cristo por el don de su Espíritu²⁶. La progresiva inserción en la vida eclesial no solo ofrecerá un soporte objetivo al itinerario espiritual, sino que supondrá un criterio de maduración. Aquí, como decimos, la configuración con Cristo que la acción crística del Espíritu procura, encuentra su correspondencia y consumación en la acción sacramental que la Iglesia obra.

- Una última precisión. Según el *Directorio* este proceso de conversión y fe, que dura toda la vida, está configurado por unos momentos bien definidos (cf. DGC 56): el interés por el Evangelio, la conversión inicial, la profesión de fe y el camino hacia la perfección. Según lo dicho hasta ahora, debemos abstenernos de pensar que solo la etapa que corresponde al camino de perfección, es decir, cuando ha concluido el proceso de Iniciación cristiana con la recepción de los sacramentos, pueda ser definida como camino espiritual y propio de unos elegidos. No es así, cada momento del itinerario creyente, a su modo y en su grado, está bajo la influencia del Espíritu y supone un acercamiento y participación del misterio de Cristo²⁷. Cada etapa lleva consigo un combate en el que los que se inician deben aceptar libremente las mociones del Espíritu, lo cual supone, bajo el testimonio y acompañamiento eclesial, un discernimiento y una docilidad para poder configurarse con su Maestro y Señor. Desde esta perspectiva, cada momento del itinerario creyente, por muy en ciernes que esté y en el modo en que sea necesario, puede ser discernido, acompañado y servido eclesialmente.

26 Aquí consideramos que la vida filial en Cristo, único modo de participar en la comunión trinitaria, es la vida según el Espíritu de Cristo y esta encuentra su mediación en la participación en la vida cristiana mediada por la Iglesia (cf. CT 72e)

27 Cf. DE FIORES, 743. Esta también es la idea de fondo que articula el artículo de J. CASTELLANOS CERVERA, "L'iniziazione cristiana e il cammino spirituale dei cristiani", en: L. MEDDI (a cura di), *Diventare cristiani. La catechesi como percorso formativo* (Napoli 2002) 75-84.

III. LA INICIACIÓN CRISTIANA, INICIACIÓN EN EL MISTERIO DE DIOS REVELADO EN CRISTO

La Iglesia nace del mandato misionero de su Señor resucitado (cf. Mt 28,16-20; Lc 24, 46-49; Hch 1,6-8): ella recibe la misma encomienda que Él había recibido del Padre (cf. Jn 20,21); ella tiene la misión de testimoniar el Evangelio de Vida hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,8), de modo que los que crean en él se salven (cf. Mc 16,15-18); ella es la encargada de hacer discípulos de su Señor por la instrucción y el bautismo (cf. Mt 28,18-20). La Iglesia no se ha dado a sí misma el papel que tiene en la misión evangelizadora, su papel es capital porque su Señor se la ha confiado²⁸; no obstante, la Iglesia no lo realiza autónomamente y fiada en su propio poder. En el mismo momento en que el Resucitado le confiere la misión, esta es puesta en dependencia del Espíritu (cf. Lc 24,48-49; Hch 1,8; Jn 15, 26-27. 20,22), solo por el Don del Espíritu la Iglesia tiene la capacidad de actualizar el misterio salvador de Cristo y anunciarlo a cualquier persona que esté en el último rincón del mundo²⁹.

En realidad, la misión evangelizadora es del propio Espíritu; pues es el Espíritu, que procede del Padre y del Hijo glorificado en su humanidad, el que tiene la misión de continuar a lo largo del tiempo la obra salvadora que Cristo realizó. Sin embargo, Dios ha querido unir la Iglesia a la acción de su Espíritu para que la haga visible y le preste su servicio. En palabras del Concilio “la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano” (LG 1). Bajo la acción del mismo Espíritu la Iglesia posee una constitución sacramental a la vez que instrumental. Pasemos a decir una palabra sobre cada una de estas dimensiones.

28 “La Iglesia es la mediación querida por Dios para actuar en el tiempo esta obra de la redención humana y de la participación de los hombre en la naturaleza divina” (IC 11b).

29 “La misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el Misterio de la Comunión de la Santísima Trinidad” (CCE 738).

1. LA IGLESIA, SACRAMENTO DE CRISTO

A semejanza de María, la Virgen, la Iglesia, por obra y gracia del Espíritu Santo, presta su propia humanidad para ser un testimonio vivo de Cristo allí donde se encuentre.

- Ella es el *Pueblo de Dios* (cf. LG 9; CCE 781-786) que ostenta, entre los pueblos de la tierra, una identidad propia: sus miembros poseen la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, su ley es el mandamiento del amor y su destino es el reino de Dios.
- Ella es el *Cuerpo de Cristo* (cf. LG 7; CCE 787-796) que está dotada de la plenitud de los bienes y medios que, procedentes de su Cabeza, son efectivos para la salvación de los hombres (Palabra de Dios, sacramentos, caridad...).
- Ella es el *Templo del Espíritu* (cf. LG 4; CCE 797-798) que, iluminada por la luz de la fe y fortalecida por la fuerza de la gracia, peregrina a través de la verdad hasta alcanzar su destino en la comunión divina.

En definitiva, *la Iglesia posee una realidad teándrica*, es decir ella es una realidad humano-divina, en la que el elemento humano íntimamente unido al elemento divino le hace visible y le facilita el penetrar en la historia y en las vidas de aquellos que entran en contacto con este misterio. Unas palabras del Concilio vienen a iluminar este punto:

Cristo, Mediador único, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como un organismo visible. La mantiene así sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, reunión visible y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están *unidos el elemento humano y el divino*. Por eso, a causa de esta *profunda analogía*, se asimila al Misterio del Verbo encarnado. Pues como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como órgano de salvación a El indisolublemente unido, de forma semejante a *la unión*

social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para que el cuerpo crezca (cf. Ef 4,16)” (LG 8a)³⁰.

La constitución *Lumen Gentium* habla de una profunda analogía entre el Misterio del Verbo encarando y la relación que existe entre el Espíritu y la Iglesia: la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo como un órgano de salvación indisolublemente unido a Él.

En efecto, la comunidad eclesial presta su propia humanidad, para que la Palabra que tomó carne del seno de María se manifieste ahora en la carne de su Esposa. El Espíritu es el que fecunda esta humanidad eclesial para que sea testimonio vivo de Cristo y su palabra humana sea portadora de la Palabra divina (cf. LG 4). La realidad sacramental de la Iglesia está al servicio de la contemporaneidad de Cristo y es la posibilidad de que todo hombre pueda encontrarse realmente con Él y participar de su salvación por la comunión de vida que procura la acción del Espíritu.

En definitiva, si la Iglesia es el espejo en donde todo hombre puede ver reflejado el misterio de Cristo que, por obra del Espíritu Santo, puja en su vida; más es el seno maternal en donde el Espíritu, en virtud de la Palabra, los sacramentos y la vida de caridad, le introduce en la comunión con Cristo hasta generarle como nuevo hijo de Dios³¹. La acción del Espíritu reclama, pues, la medicación eclesial, ella no es solo una instancia objetivadora donde se muestra lo que está realizando misteriosamente, sino que es el ámbito en donde su acción se hace sobreabundante y eficaz hasta el punto de realizar la obra para la cual ha sido enviado desde la gloria divina.

2. LA IGLESIA, INSTRUMENTO DEL ESPÍRITU

Ya hemos dicho más arriba que la acción del Espíritu desborda la Iglesia: Él sopla dónde y cómo quiere (cf. Jn 3,8), y de un modo “solo conocido por Dios” va actualizando el acontecimiento de Cristo entre los hombre y los

30 La cursiva es nuestra. Sobre este tema ver nuestro trabajo: *Dios dialoga con el hombre. Misión de la Palabra y catequesis* (Madrid 2014) 29-34, 72-80.

31 “La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree” (DV 8a).

pueblos³². El Espíritu es el que esparce “*las semillas de la Palabra*”, tanto en los corazones de los hombres como en sus culturas y religiones (cf. AG 3. 11. 15; GS 10-11. 22. 26. 38. 41. 92-93; RM 28). También es Él el que guía los acontecimientos para que en cada tiempo sean signos de la presencia de Dios (*signos de los tiempos*) y hagan avanzar su designio salvífico realizado en Jesucristo (cf. GS 4a. 11a). La Iglesia está puesta al servicio de esta acción universal y secreta del Espíritu.

Ella, y en su seno todo creyente, posee *el sentido de la fe* que la hace capaz de discernir la acción misteriosa del Espíritu³³. Si la Iglesia con la luz del Evangelio no lo escruta, quién podría hacerlo. Ella ha sido enriquecida por su Señor con la divina gracia para *con el poder del Espíritu servir al propio Espíritu*. Si la Iglesia con los dones recibidos no sirviera al Espíritu, quien podría servirlo. Existe, por tanto, *una verdadera sinergia* o actuación en común entre el Espíritu y la Iglesia³⁴. No obstante, la precedencia siempre la tiene la acción misteriosa, pero cierta, del Espíritu, el cual ya actúa (en las personas y grupos humanos) aun antes de cualquier intervención eclesial.

De aquí se sigue *una consecuencia capital* para la acción evangelizadora, en general, y la iniciática, en particular: la acción eclesial solo halla su sentido y eficacia en la medida en que saca a la luz y secunda la acción misteriosa que el Dios vivo realiza a través de su Espíritu. En cada ocasión, la acción del Espíritu que le antecede, y ella puede discernir, le indica cuales de los medios salvíficos de los que está pertrechada es el momento de imple-

32 “El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe *las primicias del Espíritu* (Rm 8,23), que le capacitan para cumplir la nueva ley del amor [...] Esto vale no solo para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, *en cuyo corazón actúa la gracia de modo invisible* (cf. LG 16). Cristo murió por todos (Rm 8,32) y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina. En consecuencia, debemos mantener que *el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, de un modo conocido solo por Dios, se asocien a este misterio*. Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece para los hombres” (GS 22e); la cursiva es nuestra.

33 “Dios dota a la totalidad de los fieles de *un instinto de la fe* –el *sensus fidei*– que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión” (EG 119; cf. LG 12).

34 “Puede hablarse, por tanto, de una verdadera *sinergia* o actuación común en la obra de nuestra redención, entre Cristo y su esposa la Iglesia (cf. CCE 1069; 1153), entre el don del Espíritu Santo y la acción de la Iglesia (cf. CCE 1091; 1099; 1108; 1139)” (IC 13a).

mentar. Sobre este punto es especialmente clarificador un texto del *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, Ad gentes*:

La Iglesia, pues, aunque contenga la totalidad o la plenitud de los medios de salvación, no actúa ni puede actuar siempre e inmediatamente según todos los medios, sino que experimenta situaciones iniciales y grados en la acción con la que se esfuerza por llevar a cabo el plan de Dios [...] En cuanto se refiere a los hombres, grupos y pueblos, solamente de forma gradual los toca y los penetra y de este modo los incorpora a la plenitud católica. A cada circunstancia o estado deben corresponder actividades apropiadas o medios adecuados (AG 6b).

En nuestra opinión, lo que aquí plantea el Concilio es mucho más que una estrategia. Al igual que existe una economía de la salvación, existe una economía evangelizadora que afecta a todos los ámbitos de la pastoral, aquí, en concreto, a la pastoral catequético-iniciática. No porque, de pronto, se implementen todos los medios de salvación los hombres llegarán a participar del misterio de Cristo. El proceso revelador fue gradual, igual que fue gradual la manifestación que Jesús hizo de sí a la fe de sus discípulos. La gradualidad en la disposición de los medios depende de la respuesta que los destinatarios de los mismos van dando, no a esos medios, sino a la acción del Espíritu que a través de ellos actúa y por su gracia es el que verdaderamente suscita y sostiene la respuesta de fe necesaria. La Iglesia no puede formalizar un itinerario a seguir ni tampoco predeterminedar el uso de los medios con los que ha sido investida. Ella está en disposición de conocer cómo el Espíritu va actuando en sus destinatarios y, tras hacer un esfuerzo de discernimiento, se pone al servicio de la fe, ofreciendo los medios oportunos para favorecer la conjunción necesaria entre la gracia divina y la libertad humana.

3. LA IGLESIA, AL SERVICIO DEL INTINERARIO DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

La Iniciación cristiana es la expresión más significativa de la misión de la Iglesia y [...] constituye la realización de su función maternal, al engendrar a la vida a los hijos de Dios (IC 13b).

En el conjunto de la misión evangelizadora de la Iglesia, la Iniciación cristiana tiene una importancia capital. En el proceso iniciático, la Iglesia se convierte en el seno materno en el que Dios engendra sus hijos, y, por esto mismo, establece de un modo original (modélico) y originante (promotor) los elementos estructurales que deben definir la vida de fe de un creyente y su participación con el misterio cristiano. Así es, según como se articule el proceso iniciático, el creyente iniciado, y con él la comunidad de pertenencia, vivirá la fe bien como una relación puramente formal, basada en la adquisición externa de “elementos cristianos” (verdades, mandamientos, ritos...), o bien como una relación vital en la que, bajo la mediación eclesial, el creyente vive en comunión con Cristo y en relación filial con el Padre, Dios.

a. La Iniciación cristiana como proceso
litúrgico-catequético-espiritual

La iniciación cristiana, ha sido definida por los Obispos españoles como un itinerario litúrgico-catequético-espiritual:

Iniciación de los catecúmenos se hará gradualmente a través de un itinerario litúrgico-catequético y espiritual, como un camino de conversión y crecimiento en la fe que se desarrolla en el seno de la comunidad cristiana, estableciendo etapas a través de las cuales se va avanzando en la fe³⁵.

En efecto, la iniciación cristiana es un proceso articulado por tres dimensiones: la dimensión catequética, litúrgica y espiritual. Estas dimensiones, aunque poseen unos dinamismos propios, lejos de yuxtaponerse, concurren para hacer posible el proceso unitario de la Iniciación cristiana. Ninguna puede faltar y cada una de ellas se integra con las otras y hace su aportación particular para que los discípulos de Cristo se inicien en la fe y puedan participar de su relación filial con el Padre. No obstante, es un hecho que la praxis iniciática –incluso la misma reflexión pastoral– no siempre ha prestado la suficiente consideración a esta triple dimensión. Según los tiempos y las circunstancias

35 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (LXXVIII Asamblea Plenaria), *Orientaciones pastorales para el catecumenado* (25-II al 1-III-2002) 12; el texto concluye con las siguientes referencias: RICA obs. prv. 4, 9-40; IC 24-31; DGC 88-89.

sociales, culturales y religiosas incluso se ha llegado a confundir el proceso iniciático con un itinerario formal configurado en torno a una de ellas:

- En el contexto de cristiandad se llegó a acentuar hasta el extremo el itinerario sacramental. Era un hecho que los nuevos miembros de la Iglesia se introducían a la vida cristiana a través del proceso socializador que el ambiente cristiano seguía con sus miembros. En este marco, la iniciación cristiana, propiamente dicha, se reducía a la mera recepción de los sacramentos, los cuales, en el mejor de los casos, eran introducidos por una breve catequesis doctrinal que venía a preparar su celebración.
- Progresivamente, en el periodo posconciliar, todo fue basculando hacia el itinerario catequético. En este tiempo la catequesis se convirtió en el eje de la iniciación cristiana: todo era catequesis y la recepción de los sacramentos un apéndice que solo aportaba la celebración de lo que la habilidad pedagógica de la comunidad cristiana y el esfuerzo de los catequizandos ya habían alcanzado. Cuanto más avanzaba el proceso secularizador, más se profundizaba en los requisitos y exigencias. Cuanto más se acentuaba el itinerario catequético, más se asemejaba al itinerario escolar y menos se consideraba el aporte original de las celebraciones litúrgicas.
- En los últimos años, con la revalorización del catecumenado bautismal y el progresivo descubrimiento del RICA, se ha ido avanzando en la articulación de las dimensiones catequéticas y litúrgicas (cf. IC 39-59). La reflexión catequético-litúrgica³⁶ han dado pasos en común y las comunidades cristianas han hecho un esfuerzo por articular unos procesos iniciáticos en los que se articulen ambas dimensiones. No obstante, en este tiempo en el que se ha ido recuperando el dinamismo iniciático apenas se ha tenido en consideración la dimensión espiritual, parte esencial del mismo.

36 M. DEL CAMPO GUILARTE "La necesaria relación e intercambio de la catequesis y de la liturgia en la Iniciación cristiana": *Teología y Catequesis* 99 (2006) 139-151; M. DEL CAMPO – M. GONZÁLEZ LÓPEZ-CORPES, "Dos dimensiones de estudio e investigación en la Facultad de Teología San Dámaso": *Teología y Catequesis* 104 (2007) 169-181; este último trabajo se refiere a la colaboración y complemento que existe entre la teología catequética y la teología litúrgica.

b. El itinerario espiritual, alma de la Iniciación cristiana

Creemos que ha llegado el tiempo de poner en el centro la dimensión espiritual de la iniciación cristiana, lo cual no supone ignorar ni la dimensión catequética ni la litúrgica. Se trata de que la acción de la Iglesia se ponga al servicio de la acción misteriosa que el Dios vivo lleva con los que llama a la fe. En concreto que la catequesis y la liturgia, en cuanto acciones de la comunidad cristiana, secunden el proceso espiritual de fe –acción de la gracia y respuesta libre del hombre–, por el que un creyente se va identificando con Cristo y va avanzando en su relación filial con Dios. Esta es, justamente, la intención del RICA:

El Ritual de la Iniciación *se acomoda al camino espiritual de los adultos*, que es muy variado según la gracia multiforme de Dios, la libre cooperación de los catecúmenos, la acción de la Iglesia y las circunstancias” (RICA 5)

No cabe duda de que la Iniciación cristiana supone un itinerario de fe que va de la fe inicial a la confesión de la fe en la noche bautismal, pero este itinerario cada creyente lo recorre de un modo diverso³⁷. En las *Observaciones previas*, el RICA habla de que el proceso iniciático que propone se ha de acomodar justamente a ese camino espiritual de cada adulto. En realidad, tiene en cuenta el carácter personal de ese camino, el cual es la resultante de la conjunción de “la gracia multiforme de Dios, la libre cooperación de los catecúmenos”, “las circunstancias” y también, claro está, de la acción de la propia Iglesia.

Recientemente, el Episcopado español ha indicado *la precedencia de la dimensión espiritual* de la Iniciación cristiana:

Así pues, en la iniciación catequesis, liturgia y experiencia cristiana caminan juntas hacia un mismo objetivo. Conviene cuidar las tres dimensiones correspondientes e íntimamente correlacionadas: dimensión

³⁷ “El acontecimiento de gracia y de libertad, que denominamos itinerario de fe y que es el alma de la iniciación cristiana, puede ser considerado, por una parte, como una realidad de carácter personal y por ello tener la cadencia y el ritmo propio de cada persona. En este sentido cabe decir que cada itinerario de fe es, en cierto modo único y personal en la medida en que expresa la relación personal entre Dios y el hombre” (M. DEL CAMPO GUILARTE, “Apuntes para una pedagogía de la Iniciación Cristiana. Itinerarios de la fe en la Iniciación Cristiana”: *Teología y Catequesis* 112 [2009] 48).

catequética, dimensión sacramental y dimensión espiritual; más aún, y dadas las circunstancias actuales desde el punto de vista socio-cultural y religioso, podemos decir que las dos primeras, más allá de todo automatismo, están al servicio de la dimensión espiritual, donde se fundamenta el proceso de conversión, el encuentro y la adhesión a Jesucristo³⁸.

Las páginas que anteceden, nos ayudan a comprender que esta indicación de los obispos españoles no puede ser considerada de índole meramente metodológica; como si ahora llegara el tiempo de subrayar la dimensión espiritual en detrimento de las otras dos. En realidad, la indicación tiene un fundamento teológico y eclesial. La Iglesia nunca va por delante de la acción misteriosa, pero real, del Espíritu que mueve la libertad del que se inicia para acoger en su vida el misterio de Cristo. Ella siempre secunda la acción del Maestro interior, para lo cual discierne el momento espiritual en el que se encuentra el discípulo de Jesús y le anuncia la palabra y le ofrece los ritos litúrgicos para que esa acción se haga eficaz y entregue lo que Dios quiere darle y el propio creyente anhela.

Es evidente, que las comunidades cristianas no pueden contar con una serie ilimitada de itinerarios iniciáticos. Los medios son limitados y la capacidad de diversificación también. Basta con que puedan ofrecer los que son básicos: la Iniciación cristiana de adultos no bautizados (IC 112-123), Iniciación de adultos ya bautizados (IC 124-133), Iniciación continua de niños bautizados en la infancia; Iniciación de niños de edad escolar no bautizados; Iniciación de adolescentes que interrumpieron el proceso después de la primera comunión³⁹. No obstante, aunque todo se articule en torno al grupo de catequesis, es un imperativo que no todo recaiga sobre la dinámica grupal. Esta, ciertamente, es necesaria e importante, pero es preciso poner de relieve que el camino hacia la madurez cristiana es siempre un camino personal.

Esto requiere *un modo nuevo de hacer las cosas*⁴⁰. Se ha de tener en cuenta que junto a la figura del catequista tiene que estar la figura del acom-

38 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (CIV Asamblea Plenaria), *Custodiar, alimentar y promover la memoria de Jesucristo. Instrucción Pastoral sobre los catecismos de la Conferencia Episcopal Española para la iniciación cristiana de niños y adolescentes* (21-XI-2014) 8.

39 *Ibid.*, 20 (p. 34-40).

40 *Ibid.*, 19, (p. 33-34).

pañante; que a las sesiones de catequesis se le han de unir tiempos de diálogo personal, donde los que se inician se sientan interpelados y acompañados personalmente; que para superar cualquier formalismo el itinerario personal prime sobre el itinerario grupal; que se creen espacios donde se pueda discernir grupal y personalmente cómo el misterio de Cristo va iluminando y transformando la vida de los que se inician; que más allá de cualquier proceso didáctico prime una pedagogía de la fe; que la propuesta de la palabra y la celebración de los ritos litúrgicos se pongan en relación con la vida de los que se inician; que la comunidad cristiana sea en verdad el seno maternal en donde los que se inician van recibiendo la vida nueva y aprendiendo la gramática básica de la fe...

IV. LA NECESIDAD DE DAR UN GIRO COPERNICANO A NUESTROS PROCESOS DE INICIACIÓN

Como vemos, poner en el centro del proceso de Iniciación cristiana el itinerario espiritual no es una opción menor, reorienta la actividad iniciática de la Iglesia, en general, y las acciones catequética y litúrgica, en particular. Parte del reconocimiento de la centralidad de la acción del Espíritu en el proceso iniciático⁴¹, lo cual se ajusta a la naturaleza teologal del mismo, y sitúa a la Iglesia en el sitio que le corresponde: ser sacramento de Cristo e instrumento de su Espíritu. Esta corrección tiene importantes consecuencias tanto en la reflexión como en la actividad iniciática. No es el momento de extendernos en ello, basta una simple enumeración para darnos cuenta de por donde tendría que avanzar la reflexión teológica y el giro copernicano que es preciso realizar en nuestros procesos de iniciación. Los pasajes serían los siguientes:

- De una concepción donde prima la dimensión social de la comunidad cristiana a *una concepción sacramental* de la misma, en la que todo esté referido y puesto al servicio del misterio de comunión que en ella acontece y del que es sacramento.

41 "La catequesis, que es crecimiento en la fe y maduración de la vida cristiana hacia la plenitud, es por consiguiente una obra del Espíritu Santo, obra que sólo El puede suscitar y alimentar en la Iglesia" (CT 72f).

- De una catequesis desarrollada al margen de la comunidad cristiana a un proceso iniciático en el que tenga su referente permanente una *comunidad entendida toda ella como un espacio iniciático*⁴².
- De una concepción voluntarista de la Iniciación cristiana en cuyo centro está la acción de la Iglesia –cuando no la misma actividad de los que se inician–, a una concepción “*graciosa*” de la misma, donde el Espíritu, Maestro interior, sea reconocido como el agente principal. Desde esta perspectiva la comunidad cristiana debería considerar como centro de su actividad el *discernimiento y servicio* a la acción del Espíritu⁴³. Y para los que se inician el centro serían *el reconocimiento y la acogida libre* de la gracia de Dios que les injerta e identifica con Cristo.
- De una acción iniciática centrada en el grupo catecumenal y en los procesos grupales a una acción *centrada en los que se inician* y en sus itinerarios personales.
- De unos itinerarios temáticos y rituales, previamente prefijados, a la articulación de unos dinamismos que hagan posible el *seguimiento y acompañamiento* de los procesos espirituales de los que se inician (cf. EG 169-173).
- De una concepción depositaria de la revelación ofrecida de un modo cerrado, a una concepción *histórica* de la misma capaz de iluminar las experiencias vitales de los que se inician (cf. DGC 107-108).
- De una catequesis entendida como educadora de una fe dada por su puesta, a una catequesis precedida por un tiempo (precatequesis) en el que se ayude a *suscitar la fe* en referencia a los interrogantes de la propia vida.
- De una catequesis descentrada, que se debate entre la Escritura y el Catecismo, a una catequesis articulada a partir del *kerygma*, clave de lectura e integración de ambos⁴⁴.

42 Ver nuestro trabajo: “Comunidad cristiana, comunidad iniciática”: *Teología y Catequesis* 131 (2015).

43 “Ante todo está claro que la Iglesia, cuando ejerce su misión catequética -como también cada cristiano que la ejerce en la Iglesia y en nombre de la Iglesia- debe ser muy consciente de que actúa como instrumento vivo y dócil del Espíritu Santo. Invocar, constantemente este Espíritu, estar en comunión con El, esforzarse en conocer sus auténticas inspiraciones debe ser la actitud de la Iglesia docente y de todo catequista” (CT 72h).

44 “Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o ‘*kerygma*’, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial. El *kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela

- De una pedagogía mimetizada con las ciencias humanas y dependiente de ellas a *una pedagogía ejercida en acto de fe (sensus fidei)* y al servicio de la fe (cf. EN 75e; CT 58; DGC 143-144).
- De unos catequistas que al modo de “profesionales de la enseñanza” transmiten contenidos y hacen actividades, a *unos catequistas puestos al servicio del Espíritu* que se presentan ante los que inician como testigos, acompañantes y mistagogos de la fe.
- De una formación de los catequistas centrada exclusivamente en la adquisición de unos conocimientos doctrinales y unas técnicas pedagógicas a *una formación que ponga en el centro la propia experiencia de fe* contrastada y configurada con la experiencia que la Iglesia hace hoy del Evangelio.

V. CONCLUSIÓN

Dos citas nos permiten concluir nuestra reflexión, una del papa Francisco y otra del *Directorio General para la Catequesis*. La primera apunta a la necesidad de que los evangelizadores del tiempo presente sean evangelizadores con Espíritu; la segunda se refiere a la necesaria sinergia que se ha de dar entre la acción del Espíritu y la de los catequistas:

Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo [...] Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera, o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones o deseos [...] En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora (EG 259. 261).

y nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: ‘Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte’. Cuando a este primer anuncio se le llama ‘primero’, eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos” (EG 164).

Dios no ha abandonado al ser humano, aún hoy sigue obrando la salvación que realizó en su Hijo, Jesús. Su Espíritu es el que actualiza esa acción salvadora abriendo las puertas de la felicidad a aquellos que la acogen. Ser testigos y servidores del Evangelio, sin Espíritu, es imposible; toda tarea evangelizadora, incluida la catequesis iniciática, se convierte en una carga pesada y estéril. Serlo con Espíritu es tomar la dirección favorable del buen viento que sopla en la dirección del Evangelio y hace que todo sea penetrado por la gracia. El Espíritu Santo es el alma de los catequistas testigos, acompañantes y mistagogos de la fe.

En la escuela de Jesús Maestro, el catequista une estrechamente su acción de persona responsable con la acción misteriosa de la gracia de Dios [...] el Espíritu se vale de personas que reciben la misión de anunciar el Evangelio y cuyas capacidades y experiencias humanas entran a formar parte de la pedagogía de la fe (DGC 138).

En efecto, la Iglesia, y en su seno los catequistas, hace su propia contribución. El Espíritu ha querido asociarla a sí, ella es el Pueblo de Dios, la Esposa–Cuerpo de Cristo, su propio Templo. El Espíritu se vale de personas, que dóciles a su inspiración y su gracia, se ponen a su servicio. Bajo su acción graciosa, las capacidades y experiencias humanas, las palabras y los signos que los catequistas realizan alcanzan el corazón de sus destinatarios y son mediación eficaz de la obra de Dios. La Iglesia no es nada más ni nada menos que la servidora del Dios vivo que aún hoy sale al encuentro de los hombres; ella con el poder del Espíritu sirve al propio Espíritu.

